

ILLUSTRATION

NON PLUS ULTRA



TORERO DE INVIERNO

SUSCRICION Núm 28

Semestre... 3 Ptas.
Año... 5'50 id.

Para en moneda, libranza ó sellos únicamente en la Administración, de 10 á 1 y de 3 á 5.

ESCUDELLERS 5, 7 y 9
Barcelona

ILUSTRACION NON PLUS ULTRA

Barcelona 19 Marzo 1887

Año I NÚMEROS SUELTOS

10 céntimos de peseta
y 15 los atrasados.

De venta en las librerías, kioscos, vendedores ambulantes y puntos de costumbre en

España

Núm. suelto 10 cent. de peseta * Núm. suelto 10 cent. de peseta

Los corresponsales venderán por manos á los vendedores ambulantes.

CARTA A ISABELITA

A mí me gustan mucho las mujeres, y usted más que todas. Perdón V. que empiece con esta declaración que nada tiene de lisonja, para que no eche á mala parte lo que me propongo decirle aprovechando estos días de penitencia.

Usted tiene una abundante mata de finísimo y lustroso cabello que desatada le cubriría como un manto de oro, y recogida en trenzas le daría apariencias de una de aquellas divinidades que, al decir de los poetas, se columpiaban sesteando en los plátanos y cerúleos lagos de la antigua Grecia. La frescura de sus mejillas pudiera servir de modelo á un pintor para trasladar á sus lienzos las tintas de primavera alborada. Hay en su cuerpo la gallardía de la alondra, y las líneas de la estatua praxitelica. Sus ojos estremadamente negros relumbran con los centelleos de una estrella, y el marfil envidiaría la mate blancura de su frente. Por esto digo que V. me gusta.

Ahora bien, Isabelita, ¿porqué pone V. tanto empeño en ocultar esas gracias? ¿Porqué se esmera en parecer fea? Sí, amiga mía, sí; cuando V. sale á la calle revocado el rostro con colorete, cargada con una balumba de telas sobre sus caderas, chafados recortados, ó distribuidos por las sienes en combinaciones diabólicas que semejan rasgos caligráficos, esos monfismos rizos que antes vibraban como manojitos de luz, y ostentando un estafalarío sombrero á guisa de capazo de berzas, se me figura que algún comerciante de artículos coloniales ha tomado la Venus de Milo para hacerla servir de mostruario.

Cualquiera que no haya visto á V. en la honesta sencillez del traje matutino que deja admirar la riqueza de sus naturales encantos en aquellas horas que el arreglo del hogar la sus traen á las malas artes del peluquero y la modista, creará que V. oculta alguna deformidad debajo de aquel horrendo disfraz, y trotarán los malos pensamientos alrededor de V. ¿Quién podrá jurar que V. es bonita, mientras se presente embozada con tanto artificio? ¿Cómo no han de andar escamados los solteros con estos embustes?

No me venga V. con excusas, porque V. misma si quiere ser sincera ha de hacer coro conmigo. ¿No es verdad, quecuando antes de salir á la calle echa una mirada al espejo, allá en el fondo de su conciencia una voz le grita: «Qué

fea estás?» No lo niegue V., porque buena prueba de lo que digo es aquel nunca acabar de componerse, aquel interminable retocar los pliegues de la falda y la garzota de la espuerta que llaman sombrero, aquel desesperado cambiar las pecas artificiales de la boca á la barba porque en ninguna parte caen bien, aquel nervioso refregar el carmín por los labios, rebajar y aumentar el tono de la tinta china que sombreá las pestañas, y atufar y destriar los mechones que V. nunca encuentra á gusto.

«Las exigencias sociales», dirá V. Déjese de ñoñerías, que esa es frase que han inventado las feas de acuerdo con las modistas.

—«¡Pero bendito de Dios!—es posible que V. me objete? Las modas de que V. abomina serán todo lo destables que V. cuenta, y aun algo más. Pero buenas risitas y motes de cursi me llevaría si siguiese sus consejos.»

Pues bien; suponga V., Isabelita, que hay una mujer de buen sentido, la cual sale una mañana á paseo limpio el rostro de todo albayalde, ceñida la airosa manteleta, despejada de capilares geroglíficos la frente, desprovisto de exóticos apéndices el vestido, y como de esta suerte no se ponen grillos al natural donaire que todas Vds. en más ó en menos tienen, este modo de vestir agrada, y hay otra dama que lo sigue, y luego otra, hasta hasta que al fin se generaliza. Dirá V. que se puso en ridículo la primera que tal hizo? Seguramente que no, porque de otra suerte, sería mucho más acertado decir que estuvo soberanamente ridícula la que introdujo la moda extravante hoy en uso, de la cual no se siente V. con ánimo para desprenderse.

Pues porque lo que hizo una mujer trayéndonos contra toda noción de buen gusto modas estafalarías, no puede V. hacerlo para volver por los fueros del garbo femenino? Es que deben ustedes ir á remolque del primer necio á quien se le ocurra un disparate?

Mire V., Isabelita: con las modas que yo condeno, las mujeres hermosas dejeneran en feas, y las feas no alcanzan ser hermosas. Y luego se quejan Vds. de que ya no hay Abelardos ni Manriques. El corazón de los hombres siempre es el mismo: lo que ha cambiado es el modo con que se visten las mujeres enemigas por lo visto de la sencillez con que se adornaban las Eloisas y las Leonoras.

La verdad es, que habiendo tantas mujeres bellas en el gran mundo, las pasiones volcánicas sólo se encienden hoy día en aquellos modestos lugares donde no penetra el *Correo de Modas*.

Mucho más diría, pero temo aburrirla con mi homilia de predicador cuaresmal. Considere usted, Isabelita, que sólo me ha guiado el deseo de que V. parezca á todos tan bella como yo la veo con mis ojos de sesenton averiado.

JUDAS TADEO.

CUENTO FILOSÓFICO

Flameando en sus trincas banderolas
sesgaba un buque las hirvientes olas,
conduciendo á la reina Tula quinta
de siete meses y algo mas en cinta.

Y: hacía largo rato que anhelante
miraba el almirante
como iban apiñándose en montones
horribles y deformes nubarrones.

De pronto brilló un rayo, crujó un trueno,
y el mar hinchó de cólera su seno.
Del viento al latigazo embravecido
saltó la nave como ciervo herido,
y ya perdido el rumbo,
aquí daba un tropiezo y allá un tumbo,
hasta que al fin chocando en unas peñas
hundióse con su gente y sus enseñas.

Todos quedaron en el mar sin vida:
mas no la reina, que á una tabla asida
y de vela sirviéndole la saya,
logró arribar á una vecina playa.

En cinta la infeliz de muchos meses,
después de tantos sustos y reveses
por la sombra de un plátano cubierta
á un niño dió la vida, y quedó muerta.

Oh! destino cruel de los infantes!
si nace este mamon tres dias antes,
ó veinte y cuatro leguas menos lejos,
¡Cristo! que algarabía, y que festejos
Y que boato! Entonces
al gran clamor de músicas y bronces
mil vítores hubieran contestado,
mil *Tedemus* hubieran resonado,
se hubieran visto alfombras de claveles,
banderas, y damascos y doseles,
y un espeso aluvion de cortesanos
de oro cargados cuello, pecho y manos
gritado hubieran: «Por favor del cielo
hoy se ha salvado al fin el patrio suelo»

Pero el que hubiera por su bien tenido
trece duquesas para ser mecido,
cinco nodrizas para ser lactado,
cien mariscales para ser guardado,
diez médicos, y á más un guarda-sello
para llamarle—«bello»,
seis condes y un obispo de buen tono,
para llamarle—«mono»,
sobre un monton de pámpanos yacia
sin tener más amable compañía
del cielo inmenso só el nublado techo,
que un moscardon que le picaba el pecho.

Pero la Providencia
vigila con afan por la inocencia.

Pasó un salvaje, le gustó el muchacho,
y le cazó sin el menor empacho.

Ganas sintió al mirarlo tan rechoncho
de zampárselo el bruto como un troncho,
pero al voraz deseo puso dique
pensando en regalárselo al cacique
que hacía unas semanas
se le había comido dos hermanas.

A este fin trajo al chico á su cabana
y allí con gran cuidado y con gran maña
nutrióle por espacio de un semestre
con leche, y huevos de zorzal silvestre.

Cuando tuvo al muchachó bien cebado

lo presentó al cacique con agrado.
Este que era un caribe muy anciana
grueso de cuerpo y algun tanto enano,
apesar de su orgullo y su fiereza
tenía sus momentos de tristeza.

Y había á la verdad causa bastante
para mostrar el hombre mal talante:
pues habiendo su vida consumido
entre mil concubinas divertido
enjendrando treinta hijos por quincena
para tragarse dos en cada cena
se encontraba á la muerte, oh caso fiero!
sin dejar en el mundo un heredero.

Así cuando su subdito igorrote
le ofreció aquel hermoso manigote,
sintió primero bárbaras cosquillas
de comérselo asado á las parrillas;
pero el miedo de verse en su hora crítica
le hizo pensar en cosas de política,
y después de exclamar: «pues no te masco,
que tanta carne tierna ya me dá asco»,
añadió en medio el general asombro,
«heredero del trono yo te nombro.»

Tardó aun doce años en morir el cafre:
y entonces tinto el chiquitin de zafre,
empuñó el cetro, que era una quijada
de uñas de águila y tigre tachonada.

El primer acto de la nueva Alteza
fué cometer un rasgo de bajeza:
pues ordenó que desollasen vivos
á todos sus parientes adoptivos.

El mozo era tragon si los había,
y no dejó convoy ni ranchería
en que á falta de amigos y parientes
no hincase con fruición los blancos dientes.

Pero tanto engulló el joven monarca,
que al dejar devastada su comarca,
dió pruebas de venir de estirpe regia
cuando en un rasgo de bondad egregia,
por no comer más carne de vasallo,
envió á su pueblo estúpido y burdallo
á morir más allá de sus fronteras
al furor de los indios y las fieras,
para que le trajesen por raciones
chuletas de indios bravos y lcones.

Mas los dias pasaban
y las tiernas chuletas no llegaban,
y en tanto de hambre impía
el joven soberano se moría.

Como la humanidad segun se cuenta,
adora siempre al sol que mas calienta,
los cafres, que aunque bárbaros son hombres
aunque con otros usos y otros nombres,
siguiendo como todos este lema
al sol adoran porque allí el sol quema.

El imberbe mancebo coronado
la religión siguiendo del Estado,
aunque en otra rejión de nuestro mapa
hubiera sido un defensor del Papa,
á fin de que le fuese el Sol propicio
le ofrecía á cada hora un sacrificio
pidiéndole, lo mismo que pudiera
pedirle á Dios un principe cualquiera,
que sucumbiesen en la lid trabada
millares de enemigos por jornada,
para poder holgar sin mas rabieta,
y darse un buen hartazo de chuletas.

Mas ¡ay! no obstante tanta fé devota
su ejército sufrió horrible derrota;
y mientras tanto el hambre real crecía,
y el botin de chuletas no venía.

Pero la Providencia siempre vela
por aquel que por ella se desvela.

Cuando á puros bostezos y bocadas
se rompía el cacique las quijadas
y le punzaban en la piel los huesos,



ASI TE QUIERO YO...

catorce misioneros muy obesos
arribaron de lejos, por lo visto,
á predicar la religión de Cristo.

Ver el cacique aquellos rostros rojos
castañetear la lengua, abrir los ojos,
agradecer al Sol el bastimento,
y cazarlos, fué cosa de un momento.

Aquella tarde cual si fueran tordos
se comió de un tirón los seis mas gordos,
en castigo de haber abominado
la santa religión de aquel Estado.

Tras una larga y rígida abstinencia
es menester prudencia,
ó sino la comida se indigesta:
el muchacho olvidó la máxima esta,
y dando rienda á su pasión bucólica
reventó de comer carne católica.

Oh! misterios de Dios que el hombre ignora!
precisamente en aquel punto y hora,
el padre de aquel bárbaro moría
reventando de orgullo y alegría,
porque habia hecho tostar minutos antes
seis judios y treinta protestantes.

Y despues de narrados estos hechos
agrega aquí la historia,
que hijo y padre murieron satisfechos
pensando todos dos ir á la gloria.

FELIPE RUIZ.

LA TARJETA EQUIVOCADA

(Continuación)

CAPITULO XI

—De modo que usted no se llama don Crisanto Cata-
vientos?

—No señor, mi nombre es Antonio Robledal; el don
Crisanto es este amigo mio que nada tiene que ver con
nuestro asunto.

—Entonces espero que el señor Robledal, en calidad
de verdadero ofensor, aceptará la entrevista que he de-
bido prorogar para mañana.

—No hay inconveniente alguno, señor Barranco: me
tiene usted a sus órdenes.

Esta conversación pasaba ante don Crisanto, entre el
capitan y Antonio en un despacho de la Capitanía Ge-
neral. Se despedía Antonio del capitan, cuando don Cri-
santo abriendo por vez primera los labios, dijo:

—Eh! señores, poco a poco, No puedo consentir en
manera alguna que por un quitame esas pajas, se rompan
la cabeza dos hombres de bien. Si ustedes persisten en su
propósito, voy á dar conocimiento de ello á la autoridad.
Cuando se trataba de mí hubiera sido una cobardía ha-
cer esto, pero ahora que estoy descartado de la pendencia,
voy á cumplir con mi deber de ciudadano impidiendo
que se consuma un delito.

—Usted hará una bribonada si tal hace! gritó con voz
de trueno Barranco.

—No lo hará; repuso Antonio.

—Vaya si lo haré, y ahora mismo; contestó Crisanto
con firmeza. En qué consiste el agravio? Vamos á ver.
En que Antonio le ha llamado á usted asno? Y usted
créa que si al señor Robledal le preguntasen qué piensa
de usted, diría que es un asno? ¿Que había de decir! Pero
en cambio lo diría la gente sensata que supiese que por
esa nonada quiere usted exponerse á que le metan una
bala en el estómago. Y mire usted señor de Barranco, no
me venga usted con escrúpulos de honor, porque si á eso
vamos, aquí traigo un documento que puede dejarle á
usted muy mal parado.

—A mí? Sepamos qué es ello: exclamó el capitan.

Crisanto le enseñó el acta donde había hecho constar
su incomparecencia á la cita. Barranco arrojó
una mirada fulminante á Crisanto, pero reponiéndose

quedó un momento pensativo. Despues sacó de su bolsi-
llo la tarjeta que Antonio le diera por suya y en la cual
Crisanto había escrito las señas de su habitación, se in-
clinó sobre la mesa del despacho, tomó un papel que es-
taba metido en un legajo, y se puso á examinar cuidado-
samente ambos escritos.

Cuando esto notó Crisanto, se quedó de repente ama-
rillo como enfermo de ictericia.

La turbación de Crisanto confirmó las sospechas del
capitan, el cual de pronto le puso ante los ojos el papel
que acababa de cotejar, y que no era otro que el anónimo
escrito por el pobre diablo al General.

—Conoce usted esto? preguntó con gran severidad
Barranco.

Don Crisanto quedó aterrado.

—Conoce usted esto?

—Tenga usted piedad de mí! al fin pudo balbucear.

—Con que es suyo ese anónimo? Bueno! Aquí habla
usted de una conspiración en que está comprometido.
Usted dirá qué conspiración es esa. Entre tanto...

El capitan tendió la mano á un timbre. Don Crisanto
cayó de rodillas.

—Una palabra, capitan! exclamó Antonio. Comprendo
todo lo que ha pasado, y como mia es la culpa, á mí me
cabe toda la responsabilidad. Si manda usted prender á
mi amigo, me acusaré de conspirador y me condenarán.
Entonces será imposible el duelo. Querrá usted aprove-
charse de esta ocasión para evitarlo? Querrá usted dejar
sin reparación el insulto? Conteste usted,

El capitan permaneció silencioso como luchando con-
sigo mismo.

Antonio continuó:

—Crea usted que don Crisanto es tan conspirador
como el Papa. El infeliz no sabía como evitar el duelo
con que los padrinos de usted le amenazaron, y escribió
este anónimo para que el general alarmado mandase en-
cerrar las tropas en los cuarteles, y de este modo no pu-
diese acudir usted á la cita. Hágase usted cargo de esto
que le digo, y compadézcase sino de mi amigo, á lo mé-
nos de su pobre familia.

—Sí, señor; compadézcase usted de mi pobre familia;
gimoteó Crisanto.

El capitan despues de un momento de vacilar dijo:

—El General de quien soy ayudante, dejóse olvidada
anoche esta carta encima de la mesa. Pues bien; se ha
extraviado!

Y diciendo y haciendo rompió el papel en mil peda-
zos. D. Crisanto se le arrojó al cuello llorando á chorro.

—Señor capitan, dijo conmovido Antonio, es usted
todo un caballero. Si llamarme asno mil veces bastase á
darle satisfacción del insulto que ayer le dirijí impreme-
ditadamente sin saber á quién hablaba, asno me llamaría
con plena convicción de que lo soy. Pero usted es el
ofendido, y como usted no encuentra otro medio de sa-
tisfacerle que acudiendo al campo del honor, allí iré,
pero le prevengo que iré con la pistola descargada.

El capitan tendió la mano á Antonio que se la estre-
chó con viva efusión.

Y los tres quedaron buenos amigos.

Así terminaron los complicados lances á que dió lugar
la equivocación de la malhadada tarjeta, y con esto se
corrijó Antonio de andar atolondrado por la calle, y
Crisanto quedó advertido de cuán peligroso es escribir
necedades aunque sea bajo el velo del anónimo.

RICARDO SEIJAS.

LA CANALLA

La oscuridad es completa,
y está sin lumbre el hogar;
de la tormenta al bramar
el techo cruje y se agrieta:
Por él la nieve enemiga,
penetra sin hallar valla...

Sabeis quien aquí se abriga?
¡La canalla!

—¿Po
muy coq
chas, ap
—Es,
ruido ad

PARA Q
FÍSICA
TENEH

Cuatro c
la flor
Negras; l
Rosadas;
Largas; e
Cortas; l
Anchas; e
Estrech
bolsillo
Pequeñas

En perfumado salon
relumbran aureas pinturas,
y alfombras y colgaduras
se ostentan con profusión.
¡Cuanta luz! cuanto dorado!
¡cuanta rica obra de tallar!

¿Sabeis quien lo ha fabricado?

¡La canalla!

En un hediondo desvan
encanijados y hambrientos
alzan agudos lamentos
dos niños pidiendo pan.

Un ¡ay! la madre profiere,
y el padre les besa, y calla...

¿Sabeis quien así se muere?

¡La canalla!

Humean olientes sopas,
se destrozan mil pasteles,
rebosa el vino en las copas,
y se sacian los lebreles.
Ahita solo el influjo
de mirar tanta vitualla...

¿Sabeis quien esto produjo?

¡La canalla!

Barrancos y ventisqueros,
ya el suelo en lluvias rebasa,
ya el sol implacable abrase,
recorren unos viajeros.

Sangran el canto y la espina
su pié que descalzo se halla...

¿Sabeis quien así camina?

—La canalla!

Salvando abismos ó un monte
corre un tren con arrogancia,
permitiendo que se afronte
sin temor cualquier distancia.
Ni noche, ni nieve fría,
jamás su carrera encalla...

¿Sabeis quien hizo esta vía?

—La canalla!

Titán que glorias reparte
que á los monarcas sostiene,
á los próceres mantiene,
y crea milagros de arte,
No es el noble de alta historia
cuyo poder avasalla;
sino la chusma, la escoria...

¡La canalla!

JACINTO DIAZ.

MESA REVUELTA

—¿Por qué, preguntaba uno á una señora casada y muy coqueta, el amor continúa sirviéndose de las flechas, apesar de haberse inventado la pólvora?

—Es, contestó, por que si usara de la pólvora, el ruido advertiría á los celosos.

PARA QUE UNA MUJER SEA PERFECTA EN BELLEZA
FÍSICA Y UN TANTO EN SU PARTE MORAL, NECESITA
TENER:

Cuatro cosas blancas; el cútis, los dientes, las manos y la flor de azahar.

Negras; los ojos, las cejas las pestañas y sus jugarretas. Rosadas; los labios, las mejillas las uñas y el nombre.

Largas; el talle, los dedos el cabello y las mangas.

Cortas; los dientes, las orejas los piés y la lengua.

Anchas; el pecho, la frente el entrecejo y la conciencia.

Estrechas, la boca, la cintura la garganta del pié y el... bolsillo.

Pequeñas; el seno, la nariz, la cabeza y la mollera.

Hace algun tiempo que están bombardeando una fortaleza viviente que tiene á su disposición un verdadero cuerpo de ejército y que está próximo á rendirse á su enemigo mortal. No se crea que el tal bombardeo parta de baterías francesas ó rusas sinó por el contrario, de laboratorios químico-farmacéuticos. Nos referimos á las píldoras de opio que se propinan al viejo emperador de Alemania.

Quizá la paz de Europa esté íntimamente mezclada en pequeñas porciones de opio, cuidadosamente envueltas en protocolos diplomáticos.

El gobierno subvenciona con dos millones de pesetas para que sea un hecho, con caracter oficial, la Exposición Universal que debe tener lugar en Barcelona. Por su parte, los franceses no se descuidan, y activan la que debe verificarse en París en 1889.

No me preguntes Ramon

lo que es una exposición

mejor tu lo has de saber

que tienes suegra y muger.

—¿Y es esa la levita nueva?

—Esta es.

—¿Es con la que te casaste?

—Por desgracia no. Con quien me casé fué con Carolina.

Santeuil poeta y sacerdote, se retiraba á veces más tarde de lo que convenía á un ministro del altar.

Una noche que quería entrar en el convento despues de las once, el portero se negó á abrirle, porque, segun dijo, se lo habían prohibido.

Después de muchas súplicas y negativas, el poeta pasó una moneda de oro por debajo de la puerta, y acto continuo rechinaron los goznes y halló libre el paso.

Apénas entrado, finge haberse dejado olvidado un libro en un poyo que había junto á la puerta.

El oficioso portero sale á recogerlo, y Santeuil cierra y le deja fuera.

El portero, que estaba en camisa, comienza á dar grandes golpes, pidiendo que le abran; más el poeta le responde que no puede ser, porque el prior se lo tiene prohibido.

—Prohibido lo tenía yo, y, sin embargo, os he abierto de buena gana!—gritó el portero.

—Tambien me costó mi buena moneda. Al mismo precio os abriré—respondió el poeta.

No tuvo más remedio el portero que pagar, y al fin entró.

NUESTRAS LAMINAS

TORERO DE INVIERNO

Vestido de azul y oro
en medio el redondel capea al toro;
mientras de oro y azul le vá á poner
capeándolo en su casa su mujer.

ASÍ TE QUIERO YO...

En los barrios de Granada abundan tipos como el que presenta nuestra lámina, recordando con su tez de bronce pálido, y su caliente mirada, la raza de las Moraymas y Zulemas que causaron en los abancerrajes mas estragos que las lanzas castellanas.

EL PRÍNCIPE Y EL FAVORITO

Federico el grande decía: «Europa gobierna al mundo;» Prusia gobierna á Europa; yo gobierno á Prusia; mi esposa me gobierna á mi; el chiquitin gobierna á mi esposa; y mi perro gobierna al chiquitin. Luego mi perro gobierna al mundo.»

Nuestra lámina representa los últimos términos de argumento que aducía el gran rey en pro del sistema monárquico.

Tip. DELCLOS y BOSCH, Sta. Monica, 2. Pasaje.



EL PRINCIPE Y EL FAVORITO